NADA ES IMPOSIBLE

POR

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Después de un viaje por la costa africana volvió a su hotel preferido: un edificio blanco, rodeado de jardines, cerca del mar. Nunca estaba lleno. Lo habitaban gentes sencillas, silenciosas, provenientes de una decorosa medianía. De cuando en cuando algún vocinglero interrumpía la calma del ambiente, pero en general reinaba compostura. Durante el día unos marchaban a sus ocupaciones, otros dormitaban a la sombra de las palmeras. Por las noches, bajo la dulce calidez tropical refrescada por la brisa marina, solían verse algunos solitarios o pequeños grupos conversando en la terraza.

A las doce imperaba el silencio; todos debían recogerse a sus habitaciones. Era lo único molesto del hotel, donde, por lo demás, administrador y personal se esmeraban para no incomodar a los huéspedes.

Raymond sentíase feliz: ni excesivo ruido ni extrema soledad. El hotel se hallaba un tanto retirado de la ciudad, sin mucho movimiento, en medio de un paisaje sedante. ¿Qué más podía pedir? Levantábase temprano, realizaba su marcha gimnástica al aire libre, tomaba un buen desayuno. Dedicaba dos horas matinales al estudio de sus papeles. A las doce, cuando ya sentía la fatiga del trabajo, buscaba compañía. Tomando un cóctel, conversando, encontraba alivio para regresar luego a la concentración de su tarea. Almorzaba tarde. Luego, la siesta; otra vez el trabajo silencioso. Después hacía música, leía, contestaba cartas. Terminada la cena, una media hora de solaz en la sala de estar. Antes de recogerse a su cuarto daba una vuelta final por el jardín.

Era una vida plácida, apenas turbada por el fugaz conocimiento de otros pasajeros.

De no mediar la tensión mental de su trabajo —o acaso precisamente por ella— habría jurado que pasaba los días más dichosos de su vida.

Reservado, siempre un poco distante de los demás, daba la impresión de un profesor. Conoció algunas personas, cambió palabras con el administrador, pero no reveló su identidad y menos su ocupación. Un hombre ocupado, reservado, puede escoger sus relaciones.

Esa noche bajó al jardín, aproximadamente a las diez. El paisaje lucía diáfano. Por los senderos enarenados veíase cruzar paseantes solitarios o grupos de dos, tres personas conversando en voz baja. A veces una carcajada estrepitosa y gritos agudos estremecían el aire.

¡Malditos malcriados que no respetan la tranquilidad ajena! Era sólo un instante; luego, volvía a reinar el sosiego.

Avanzando lentamente, con la cabeza un tanto levantada hacia los altos árboles, en cuyas copas brotaban y desaparecían las estrellas como barcos ebrios en la marejada del ramaje, Raymond disfrutaba la dulzura misteriosa de la noche, que lo invadía con la doble incitación de la sombra y del silencio.

Al voltear un recodo, dos hombres le salieron al encuentro. Iban tan embargados en su charla que no dieron señales de reparar en su presencia. Detuviéronse a pocos pasos y Raymond escuchó lo que decían.

El más alto explicaba al otro cosas de astronomía: señalaba las constelaciones y describía poéticamente las leyendas que les dan origen. El otro escuchaba con atención, hacía algunas preguntas, pero de tanto en tanto corría con ligeros saltitos hacia una planta y regresaba, excusándose:

—Perdone, profesor. Ya sabe usted, mis aficiones botánicas me obligan a interrumpirle. Le escucho.

La conversación fluía entretenida y Raymond sintió el deseo de intervenir.

—Vea usted—profirió el hombre alto—. El cielo tiene transparencia mágica. Terciopelo azul, diáfano terciopelo como no lo fabricarían máquina ni hombre. Allí, en lo alto, está inscrita la historia del ser humano. ¿La ignoramos? Claro, porque no sabemos leer el alfabeto de los astros. Si supiéramos sólo algo de lo mucho que supieron los antiguos caldeos... Orión, por ejemplo, es el cazador inmarcesible; viejo y astuto, se hace seguir por Sirio, el perro fiel. Y ¿sabe usted la historia de Aldebarán?

El hombre más bajo se alejó a saltitos, dio vueltas en torno a un geranio y volvió presuroso:

—Perdone—aclaró, repitiendo la excusa anterior.

El otro, imperturbable, reanudó la charla:

—¿Conoce usted la historia de Aldebarán?

Raymond juzgó propicia la ocasión:

Algo escuché—dijo, avanzando unos pasos y dirigiéndose al profesor—. Pero quisiera conocerla mejor de sus labios.

El hombre bajo se inquietó:

—Y ¿quién es usted?—preguntó a Raymond.

—No importa quien sea—replicó majestuosamente el hombre alto—. Todo aquel que desee saber será instruído. Prosigo. Aldebarán es una de las estrellas de primera magnitud que forman la constelación de Tauro. Lo saben todos; pero no todos saben que Aldebarán es también el eterno rebelde, el que atentó contra la Osa. Lo dice el Zodíaco

negro, anterior al dorado Zodíaco de los astrónomos. Por eso Aldebarán vaga entre los dos cuernos del Toro, prisionero de su terrible movilidad. Aldebarán quiere romper la unidad celeste, turbar la armonía de las esferas. Despide fulgores rabiosos que sólo captan mentes geniales o alucinadas; bajo su signo es posible realizar grandes cosas. Cuando se torna adverso, aplasta. ¡Cuidado: no hay que apuntar jamás con el dedo al astro rojo! Quema.

Raymond escuchaba perplejo al profesor. De pronto oyó un gemido y al volverse vio al naturalista conturbado.

—¿Qué le sucede?—preguntó solícito.

El hombre alto esbozó una sonrisa despectiva.

—Mi pobre amigo padece de crisis depresivas. Le tengo dicho que aleje la preocupación y procure distraerse. Sus afanes botánicos, mis charlas nocturnas suelen disipar su pena; y de pronto, vea usted: cae en lo mismo.

Cogieron al cuitado por los brazos y lo llevaron a un banco próximo. Luego el hombre alto le dijo con afecto:

—Vamos, vamos, serénese. Cuéntelo una vez más, le aliviará.

El hombre bajo asintió débilmente:

—Qué bueno es usted.

Raymond, a su vez, reforzó la petición:

—Sí, hable, hable. Nosotros le ayudaremos.

Una risotada galvanizó al quejumbroso.

—¡Ayudadme!—exclamó con furia—. Nadie puede ayudarme. Lo mío no tiene remedio. Estoy perdido.

El hombre alto arrojó una mirada de reconvención a Raymond y, palmeando afectuosamente al naturalista, lo animó a la confidencia.

—Está bien—dijo—. Cuéntenos el caso.

El naturalista aspiró profundamente el aire de la noche, se alisó los cabellos y con voz trémula comenzó su relato:

—Ciertamente no sé cómo empezar... Si no supiera que ustedes son seres cultos, comprensivos, callaría. Allí nadie quiso entender. Comprendo que procedí mal; sé muy bien cuál es la frontera entre lo posible y lo prohibido. ¿La traspasé o sólo fui tentado a traspasarla? Lo ignoro. Tampoco recuerdo bien cómo se inició el asunto. Yo mujeriego, hombre de diversiones no soy. Mi vida transcurría entre el estudio y la compañía de Fermín, mi mejor, en realidad, mi único amigo. El tenía todas las condiciones que a mí me faltan: presencia, coraje, simpatía, dinamismo, todo aquello que, reunido, hace un hombre completo y encantador. Era, además, rico, ingenioso y desprendido. Yo le debía no sólo ayuda material, sino, sobre todo, haber alegrado mis días abriéndome horizontes nuevos con su charla persuasiva. Todo an-

duvo bien hasta que Fermín se casó. No, no diré con quién, porque sólo repetir su nombre me hace daño. En el momento que la conocí supe que estaba perdido. Aún no habían entrado mujeres en mi vida, pero ella, ¡ella!, desde que me clavó los ojos y me enredó en su sonrisa adivinó que yo era suyo. Perdí la serenidad, el respeto a mí mismo, la gratitud debida a Fermín. Me enamoré locamente. Ustedes no pueden imaginar la intensidad de mi pasión, porque no era el amor de todos los días, el que cualquiera soporta, domina y olvida, sino el otro, el implacable, el que destruye: el amor que no se atreve a decir su nombre. Dime a soñar con ella con los ojos cerrados y con los ojos abiertos. Tan hondo era mi deseo, tan persistente la obsesión, que no sé cómo traicioné a Fermín. Vivía tan absorto en mi pasión que llegué a no distinguir entre lo sucedido y lo imaginado. Ahora mismo no tengo conciencia exacta de lo que pasó. Estoy seguro que la tuve en mis brazos, que la besé, que la hice mía; mas no puedo afirmar qué es verdad y qué fantasía en mis recuerdos. ¿Fui yo quien le tomó la mano; fue ella la que me entregó su boca tentadora? No lo sé. ¿Vino a mi habitación, fui yo a la suya? Tampoco. ¿Fue mía de verdad o sólo soñé que la lograba? ¡Quién sabe! Nos entendíamos sin palabras. Pero nuestros cuerpos se buscaban, nuestras almas ardían, y yo sé, yo sé que pecamos contra Fermín. ¿Quién tuvo la culpa? No alcanzo a precisarlo. ¿Quién inició el juego ilícito? No lo recuerdo. ¿Cuál de los dos resistió mejor la tentación? No lo sé, no lo sé... ¿Traicioné a mi amigo solamente con la imaginación, o de cierto lo engañé? Duda espantosa: mis sueños y mis actos se parecían tanto que no podía distinguirlos. Imaginé y viví sucesos tan extraños, tan entrelazados unos y otros, que aún reina la confusión en mi espíritu. No sé, además, por qué vine aquí: si por escapar a la venganza de Fermín, que terminaría por descubrir la traición, o para sustraerme al peligro, porque a veces pienso que ella nunca fue mía, sino sólo un centro de tentación para perderme. Ignoro si soy un amigo desleal, un villano, o sólo un infeliz, víctima de su deseo y sus cavilaciones. Ella fue mía, sin duda alguna. Pero es también probable que no lo hubiera sido. En realidad: lo ignoro, y es la incertidumbre la que me ahoga. ¿Hubo un testigo del drama? Nadie. Lo escondí celosamente en mi corazón. No tengo amigos. El profesor me juzga un débil mental; se equivoca. Poseo una inteligencia vigorosa que me ha permitido realizar estudios complicados. Mi mente no se cansa, no se pierde ni en las abstracciones más difíciles. Pero cuando se trata de ella, se debilita, se confunde, no puede distinguir entre fantasía y realidad.

Luego, dirigiéndose a los dos hombres, preguntó:

—¿Soy un monstruo, un soñador? No quiero decir mi nombre porque me siento deshonrado. A ratos pienso si no me estaré martirizando

sin motivo. Cómo será, cómo será... Vine aquí a buscar reposo y el fantasma de la traición no me abandona. ¿Engañé, quise engañar? Nadie sabe lo que verdaderamente sucedió. Ignoro lo que será de mí. Vamos, vamos, sólo el contacto con las plantas devuelve la calma.

Y se alejó dando unos saltitos ridículos.

—¡Pobre hombre!—comentó el profesor—. Está obsesionado con su falta. ¿Fue real, fue imaginaria? No tiene importancia. Pero él la contará cien veces porque vive al revivirla. Tiene variantes graciosísimas. Ya lo verá.

Cuando el naturalista regresó, el hombre alto, locuaz, quiso distraer al apenado.

—Amigos—dijo efusivo—, volvamos a la lección de astronomía.

Raymond y el otro asintieron. Entonces aconteció algo raro. Una ráfaga les trajo el yodo marino, hiriendo fuertemente el olfato. Ocultóse la luna en sombríos nubarrones. Una sensación de malestar flotaba en el jardín.

—Es la enemiga—balbució el profesor—. Siempre me juega estas pasadas.

—¿Qué enemiga?—preguntó Raymond intrigado.

El naturalista soltó una carcajada histérica.

—¡No la conoce, no la conoce! ¡Qué animal!

Raymond quiso castigar la injuria, pero el hombre alto lo atajó con un ademán, y dirigiéndose al hombre bajo lo increpó:

—¡Cállese, estúpido!—ordenó con severidad—. El ha llegado recién y no puede estar informado.

Luego , reanudando el paseo, cogió del brazo a Raymond y comenzó a contar animadamente, mientras el naturalista, amoscado, los seguía por detrás.

—Verá usted—dijo el profesor—. El hecho es simple. Lo he narrado varias veces a distintas personas y maldito si lo entienden. Es que no todos comprenden todo. En primer lugar, le advierto: conmigo no cuentan fantasías ni pamplinas. Soy hombre de realidades. Una tarde estaba yo sentado en un peñón escarpado, allí, en el cabo que dobla hacia el oeste, a cinco millas del hotel, cuando vi surgir una bruma tenue del mar. Me hallaba a trescientos metros de altura, rodeado por el espacio vacío. Tengo una vista excepcional, todo se veía nítido, de modo que no hubo posibilidad de engaño. ¡Mil demonios! La bruma se fue acercando al peñón, y poco a poco se dibujó una forma increíble: era un ala, un ala gigantesca, tan alta casi como el peñón. Un ala sola, tremenda, silenciosa, desprendida de un pájaro fabuloso, de un ángel terrible, qué sé yo... Confieso que me invadió el pavor. Púseme a temblar. Así, medio muerto del susto, como el soldado que se lanza al

ataque al llamado del clarín, sentí que algo me impulsaba hacia la forma inaudita. Se aproximó al peñón y pude distinguirla mejor. Cosa admirable: era un ala inmensa, gigantesca, erguida verticalmente, como plegada a un titán invisible. Avanzaba en el aire como la proa altísima de un barco incomprensible. Se acercó al peñón dulcemente y la vi tan próxima que me entraron ganas de llorar. Era tan hermosa, tan cándida, tan insólita. ¡Maldición! Me sentí tan pequeño junto a ella que me paralicé de asombro. Luego, recuperándome, me acerqué casi hasta poder tocarla: el ala caía en curva espectacular trescientos metros hasta el mar. Daba vértigo mirar su blancura impecable, apenas coloreada en la cima por franjas de un verde sutil. Ahí estaba, enorme, silenciosa, oscilando dulcemente, fuerte y tenue a un tiempo; tan evidente que parecía respirar con aliento animal; tan fina que amenazaba disolverse en el aire.

—¡No es así!—chilló el naturalista—. A mí me dijo usted que era tan grande que cubría el horizonte...

—¡Cállese, borrico—mandó iracundo el profesor—, lo que pasa es que no puedo recordar con las mismas palabras el hecho!

Y volviéndose a Raymond continuó el relato:

—Me arrimé a ella y, temeroso, puse un pie, luego otro sobre la misma comba del ala. Era frágil, traslúcida, tan incorpórea que me sentía como suspendido en el aire cuando se fue retirando lentamente del peñón. Temiendo caer, me acomodé en el colchón de plumas, y montado en la extraña cabalgadura hice un paseo maravilloso. Nos cernimos en el espacio a gran altura. No había viento, frío, ni movimientos incómodos. Un puro deslizarse. ¿No lo cree usted? Condenación. ¡Váyase al infierno! Pasó exactamente como lo cuento. Luego el ala descendió y pasamos sin el menor roce sobre los tejados del hotel, bordeamos la línea dentada de la costa, nos adentramos en el bosque remontando sus altas copas oscuras. ¿Cómo explicarle mi alegría? Era yo un dios del aire, señoreando el espacio sin esfuerzo alguno, sin apoyo de máquinas pesadas, manejando el raro artefacto con mi sola voluntad, pues el ala iba hacia donde la guiaba mi deseo. Volaba, pues, deliciosamente en mi ala fantasmal, a trescientos metros de altura. ¿Fantasmal? No: era real, verídica; todavía recuerdo las delicadas plumas verdiblancas de su cima, el trazo gigantesco de su línea curvada, la gracia indecible con que se movía en el paisaje.

—Un cuento de hadas—se le escapó a Raymond.

—Exactamente—contestó el narrador—parece un cuento de hadas, pero yo lo viví en plenitud. Ahora viene lo triste del caso. El ala sólo se me aparece ciertas noches características del verano, durante la luna llena. Desde la primera vez Selene se mostró mi enemiga. Hallándome

en lo mejor del paseo aéreo, vi que del disco plateado del astro se levantaba un arquero negro, hercúleo; apuntó cuidadosamente y una flecha silbante se clavó en el ala. Recogí un gemido de angustia y el ala comenzó a desvanecerse en el aire. Apenas tuve tiempo para cogerme, en la caída, de un alto ciprés. Por poco me rompo la crisma. ¡Maldita luna! Otra vez me tiró al mar; casi me ahogo. En el último encuentro el arquero negro disparó la flecha tan certera que casi me atraviesa el cuerpo. Yo sé quién lo manda: es ella, Selene, la envidiosa, que tiene celos de mi amistad con el ala, mas no puede destruirla porque el ala regresa siempre, más bella y seductora. ¿No lo cree usted? ¡Al diablo si no lo cree!

Y dirigiéndose al hombre mediano agregó:

—El ha visto, una noche, cómo caí del cielo sobre una sementera.

—Sí—contestó el aludido—, yo lo vi.

Raymond sintió súbito entusiasmo por sus nuevos compañeros. Lo raro de sus confidencias despertó algo que dormía en su interior. Sintió que su secreto, retenido largos meses, ya no podía ser escondido. Y se decidió a confiarlo.

—Lo comprendo, lo comprendo—exclamó alegremente—, y además lo creo en absoluto. Su pecado existe aunque no haya sido cometido. El ala también, por más que Selene quiera destruirla. Tampoco yo puedo sostener solo la carga que me agobia: ayúdenme a sostenerla.

—Encantado—replicó cortésmente el profesor.

—Carga..., ¿qué carga?—demandó el naturalista y se perdió en otra correría antes de oír a Raymond.

—Lo primero que exijo es reserva absoluta—insinuó enigmático éste—. Todo quedará en secreto entre nosotros.

—Prometido.

—Prometido.

—Perfectamente—agregó Raymond—. Soy químico y radiotécnico. Tengo la fórmula para volatilizar el oro a larga distancia por medio de ondas. Ustedes saben que los Estados Unidos poseen el mayor depósito aurífero del mundo en lingotes sepultados bajo tierra. Yo puedo hacer desaparecer ese oro sin moverme del hotel tan pronto como perfeccione mi invento. Desaparecido el oro, ¿con qué se respaldarán los billetes? Y sin dinero, ¿cómo fabricar armamentos? Sin oro, sin dinero, sin armas la guerra será imposible. Serviré la causa de la humanidad, porque el oro es la fuente de todos los males. Repito que aún estoy en la etapa experimental, pero los cálculos no pueden fallar.

—¿Podría hacer usted una demostración práctica?—preguntó el hombre alto.

—Naturalmente—contestó Raymond.

Extrajo un aparatito cuadrangular del bolsillo y luego alcanzó una moneda de plata, de buen tamaño, al profesor.

—Sosténgala entre el pulgar y el índice—indicó—. Antes de un minuto habrá desaparecido.

El hombre alto tomó la moneda, una moneda mexicana de cinco pesos, y cogiéndola entre el pulgar y el índice se colocó a pocos pasos del químico. El naturalista seguía también la escena con ojos ávidos.

Raymond concentró su atención en el aparatito cuadrangular. Parecía un fotógrafo tomando instantáneas con una máquina de bolsillo. Pasaron unos segundos de expectación. El artefacto emitió rayos azules, primero tenues, después más densos. Sin que nadie la hubiera tocado, la moneda de plata comenzó a disolverse en los dedos del profesor.

Un minuto después el hombre alto y el hombre bajo comprobaban estupefactos el suceso. La luna brillaba tan clara que no había posibilidad de escamoteo: el objeto se había volatilizado sin dejar rastro.

Pero el naturalista vio brillar algo a los pies de Raymond y se agachó a recogerlo. Se agachó, recogió lo que brillaba y se puso a gritar:

—¡Falló! La moneda no ha desaperecido: aquí está.

—No sea tonto—replicó el químico serenamente—. Tengo varias en el bolsillo. Ahora haré desaparecer esta segunda y usted mismo vigilará la operación.

Mientras el hombre bajo cogía la segunda moneda, el profesor se aprestó a controlar el juego de Raymond.

Disponíase el químico a repetir el experimento, brotaban ya las primeras chispas azules del aparatito, cuando un pelotón de hombres irrumpió a todo correr por un extremo del jardín.

Raymond los vio y el terror asomó a su rostro.

—¡Los agentes del F. B. I.!—dijo despavorido—. Malditos polizontes: han vuelto a dar con mi refugio. ¡Sálvese quien pueda!

Y echó a correr como una exhalación.

Sus compañeros, asustados por la brusca aparición del grupo y por las palabras del químico, no tardaron en dispersarse velozmente al amparo de los árboles.

La persecución se prolongó porque los fugitivos parecían tener alas en los pies. Brincaban como cabritos, se escurrían ágilmente, daban vueltas y giros sorpresivos que desconcertaban a sus perseguidores; pero éstos eran tenaces, los superaban en número y no tardaron en cerrarles el paso. El hombre alto fue cogido dentro de una zanja, al naturalista lo tomaron por sorpresa, envolviéndole a la salida de una fuente de Neptuno. Raymond, el más escurridizo, dio de pronto la sensación de haber perdido el sentido: corría en línea recta como si

nada hubiera a su paso. Fue a dar contra una palmera y de allí lo levantaron todo aturdido.

Cuando el grupo regresaba al hotel, jadeantes perseguidores y capturados por la violencia de la carrera, el que encabezaba a los primeros se limitó a decir a Raymond por todo reproche:

—Otra vez jugando con fósforos.

Y cuando los tres lunáticos estuvieron recluídos en sus celdas, volvió a reinar la calma en el manicomio.

Fernando Díez de Medina.
Embajada de Bolivia.
ROMA

AGUSTIN

(In memoriam.)

A Agustín de Foxá no le veremos ya nunca tal y como querríamos verle en este mismo momento: con traje y carne de hombre pronto, con habano y buen vaso entre los dedos arciprestales, la ceja espesa, el rasurado amplio, la sotabarba romana, pendiente siempre del color de una fruta, del posible buen corte de unas palabras pronunciadas sobre la barra de un hotel, del último novelista alemán o norteamericano, o de una nube con forma de ojo de samurai.

Además de poeta, que es lo que fue y con cuya pasión caló sustancialmente la suma de sus escritos y de su vida, fue Foxá mantenedor extraordinario de dos cosas: de muy poquitos Juegos Florales y de un perdido estilo de escritor en vivo, de ingenio en lengua y de generosidad en flor, que el pobre vivir de hoy ha hecho desaparecer casi por completo. Regalo perpetuo y jugoso el de la presencia de Agustín de Foxá cuando estábamos con él. Regalo largo de sus cromados dardos verbales, del plumado brillar de sus acotaciones a un verso de Virgilio o de Whitmann, a un paisaje andaluz o andino, a un discurso agrario francés. Regalo de oir y de ver reir a Agustín de Foxá, de recoger el relampagueante fulgor de sus pupilas delante de una mujer hermosa, a la vista de una ciudad vieja, al ojeo de una canción medieval, al trallazo en seco de un alejandrino conclusivo.

Otro tipo de hombre contemporáneo mucho más frecuente, el profesionalmente triste, puede que tenga todo esto por anecdótico y aun por frívolo. Virtualmente, excluir la alegre hermosura en cueros de todo programa espiritual, parece un signo de los tiempos, y también que los rostros y las palabras tengan que corresponder, con una gravedad tan consecuente como "necesaria", a tan amargas actitudes. Para Agustín de Foxá contaban como grandes seriedades un ojo, un fruto, una palabras, un libro, un llano, una borrasca, una sola y desnuda muerte, un cantar antiguo.

Entre mucho hueco y cariacontecido marabú, entre mucho profesor de dos y dos son cuatro y mucho banal atormentado, hizo crepitar Foxá su risa poderosa, su fuerte perfume vital a caballo. Con él, en su ancha compañía, se estaba bien, con él y con sus libros. Pero sólo una pequeña parte de cuanto brío y poesía ardieron en la persona de Agustín llegaron a encarnarse sobre el papel. Se encontró con la muerte, y cualquier muerte era pequeña y pronta para Agustín.

Recordamos ahora, y volveremos a recordar, nuestras primeras

lecturas de "Cui Ping Sing", de los romances anillados en "La niña del caracol", de los versos de "El Toro, la Muerte y el Agua", acaso el mejor de sus poemas, en el que Foxá hacía hablar, mediante ceñidísimos endecasílabos blancos, a los personajes de la Fiesta Mortal, y, entre ellos —el caballo, el toro, el vendedor de naranjas, el picador— a la madre de Manuel, el de Córdoba:

Hijo: no vayas a la playa horrible
a la arena sin olas de la plaza.
Quiero tu cuerpo vivo: no el recuerdo,
no la dorada soledad del traje.

Rememoramos el color de aquellos artículos suyos, el relato del país de los hombres efímeros, su teatro irrepresentable, su pasión, su amistad, su alegría. Pero ahora nos queda su voz. Este es el privilegio del poeta. Oigámosla de nuevo.